para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 11 de Mayo de 1927 No. 87

EL VUELO DE DON FLAUTIN



Vivían don Tripón y don Flautín
pasando ambos, a dos, las de Caín.



Pues don Tripón quitábase pitanza
sin que por eso se quitase panza.



En cambio don Flautín, comiendo mucho,
estaba siempre flaco y paliducho.



Hasta que a plan pusiéronse por fin,
lo mismo don Tripón que don Flautín.



Macarrones mandaron a Tripón,
a fin de convertirlo en macarrón.



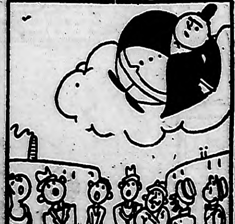
Y el pobre, que era bajo y regordete,
quedó largo y delgado como un cohete.



Y en cambio a D. Flautín, sin más ni más,
le sujetaron a régimen de gas.



Y el gas le hinchó en seguida de manera
que don Flautín se convirtió en esfera.



Un día, sin poderlo remediar,
tanto se hinchó Flautín que echó a volar.

EL CIRCO Y SUS ARTISTAS

Desfilan el Clown, las Bailarinas, los Acróbatas, los Domadores, los Gimnastas, los Funámbulos y Equilibristas del Maravilloso Circo de Lona



EL gran bombo redobla una, dos, tres veces, y luego se produce un silencio letal. El trapecio oscila locamente, y de él pende un hombre vestido con blanco tricot, que se sostiene en la barra con sólo un pie. Un movimiento brusco y rápido de su cuerpo y ya está parado en ella de cabeza. El público acompaña sus arriesgadas evoluciones con una tensión que raya en angustia mortal —en cada momento el artista puede caer y estrellarse contra el duro pavimento. Pero el atrevido gimnasta no comparte su miedo. Con la mayor calma saca de su faltriquera una flauta y empieza a tocar con un sentimiento intencionalmente falso una melodía popular. El trapecio oscila ya más lentamente, el hombre salta al suelo, se inclina y se retira. La música resuena de nuevo. El telón desciende y se levanta al poco rato para enseñar al público las hazañas de un domador de leones.

Entre bastidores ensaya el clown musical una vez más su corbata chillante, sus botones fatutistas, y se da un fuerte palmotazo en la chistera para cerciorarse de que ésta responda a la caricia con un ruido como el chasquido de una tralla. Una bailarina sudorosa repite constantemente los mismos pasos y brincos. El tramoyista arrastra con sus ayudantes entre maldiciones un piano cuyas teclas tienen el ancho de una mano, para que el sabio caballo toque en él. Un individuo de la brigada de incendios pinta a una rubia cabalgarista las ventajas de una existencia con derecho a una pensión vitalicia, sin por eso desclavar sus ojos de la escena, donde en este momento Nerón, el león berebere, traba una lucha grecoromana con su domador. El iluminador, fija la mirada en el cuadro que le indica el orden de los proyectores y de las luces del proscenio, maneja palancas, aprieta botones y trata de orientarse entre centenares de cuerdas e interruptores.



El vestuario exhala sus vahos de polvo y afeite. La bailarina mundana ha tenido una disputa con su pareja y los dos se insultan en varias lenguas. Un cuarto de hora después se deslizan ambos por el tablado, íntimamente abrazados. La madre de los liliputienses ha colocado al menor de ellos en la palangana y le da una buena friega antes de ponerle el tricot. Esto no la impide agitar al propio tiempo la berza que está hirviendo sobre el hornillo de petróleo. El juglar pone reparos a la alta comisión que le cobra el agente y reflexiona sobre las ventajas que le reportaría la organización de un "jazz band". El y sus ayudantes son hombres de omnímoda habilidad: bailarines, acróbatas, funámbulos y equilibristas. El género en que se producen depende de la coyuntura dada. Sus progenitores todos fueron artistas de circo, y no les costaría más que un poco de tiempo y ejercicio para presentarse también en un número de equitación.

Terminado el programa, los artistas se quitan el afeite y mudan de vestido. Los vemos, en su indumentaria algo extravagante pero nada rica, en la entrada a la escena para concertar el ensayo de la mañana siguiente, pues suelen ensayar siempre y con mucho ahinco.



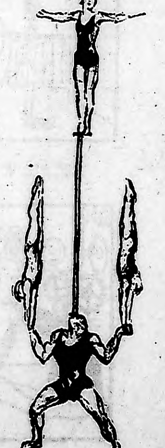
El payaso—

El payaso, con su traje vistoso, sus bonetes, gorras y sombreros fantásticos, su cara enharinada y sus botas de siete leguas provocan la continua algazara del público infantil que asiste a las funciones del clásico circo de lona, tendido como un corazón bondadoso en un terreno baldío de la ciudad.

Celebres payasos han tenido todos los circos del mundo. El es el que llena de sueños maravillosos las tardes blancas de la infancia. Sus estridentes carcajadas, sus muecas innumerables, sus saltos de bilarín desarticulado en la pista, sus golpes falsamente terribles y sus palmadas y ademanes cuando reparten caramelos y regalos a la multitud liliputiense que lo ovaciona, es el capítulo mágico de la vida de un niño.

Entra en la pista dando tumbos y botes, como si estuviera loco, se entromete en todo, discute, llora, bromea, silba, todo le sale mal o torcido, el domador, la bailarina, el tramoyista, el prestidigitador tienen cuentas que arreglar con él, pero lo cierto es que, cuando el circo cierra sus puertas, el payaso se queda adentro, preparando para la próxima función, como un muñeco dentro de una caja de sorpresa.

El payaso no morirá nunca. Casi diríamos que en él está encarnado el circo, que le debe su vida a la mueca del clown grotesco. Cuando desaparezca el último circo, el payaso se quedará sin hogar y su figura derrotada ambulará por todos los terrenos baldíos de las más diversas ciudades donde antes se escuchó la música de la orquesta típica de todos los circos internacionales.

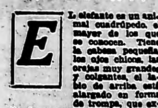




Animales Célebres

LA PAGINA DEL ELEFANTE

Descripción del elefante, su vida— . . . .



El elefante es un animal cuadrúpedo, el mayor de los que se conocen. Tiene la cabeza pequeña, los ojos chicos, las orejas muy grandes y colgantes, el labio de arriba está alargado en forma de trompa, que extiende y recoge cómo y cuando quiere; el cuerpo es de color ceniciento obscuro y los colmillos son de marfil. Se cría en Asia y Africa, donde lo utilizan, una vez domesticado, com animal de caza.

Cada manada de elefantes forma una familia donde no se admite a ningún extraño. Los bosques que habitan son tan ricos que nunca padecen hambre. No son glotones y la trompa les sirve para beber y para bañarse rociándose el cuerpo con agua.

Habilidades del elefante—

La pesadez de estos animales es tan sólo aparente, el elefante es muy diestro para todo, camina regularmente al mismo paso que el camello y la girafa, pero puede apresurar su marcha de tal modo que a un caballo le costaría trabajo seguirlo al trote. Cuando necesita subir por pendientes altas éste paquidermo parece un trepador, pero en la bajada le es más difícil debido al gran peso de su cuerpo. Duerme de pie y cuando se tira al suelo se levanta también con relativa facilidad.

El elefante nada también muy bien. Como saca la trompa fuera del agua para respirar, puede estar sumergido mucho tiempo sin fatigarse. Puede atravesar los más anchos ríos cómodamente. La domesticidad impuesta por el hombre desarrolla la inteligencia de este paquidermo de una manera que causa verdadera admiración. El elefante iguala, en este concepto, a los mamíferos mejor dotados, al caballo y al perro; reflexiona antes de obrar; perfecciónase cada vez más; aprende las lecciones mejor que otros animales y adquiere de esta manera todo un tesoro de conocimientos.

Los cazadores de elefante—

Los indígenas del Africa central son inexorables con el elefante y le persiguen con la mayor saña.



Los verdaderos cazadores de elefantes persiguen a las piezas en el seno de las selvas vírgenes y las matan para obtener el marfil. El cazador se acerca todo lo posible y con una carabina de mucho calibre apunta al cráneo por detrás de la oreja; el buen tirador no suele necesitar dos disparos y más de una vez han quedado heridos dos elefantes por dos tiros seguidos.

Más atractivos ofrece el medio de que se valen los cazadores para apoderarse de los elefantes salvajes a fin de domarlos para colocarles encima una canastilla que aguante pasajeros para los largos viajes por la India o para hacerlos trabajar en los circos. Los cazadores de elefantes son una verdadera casta, pues el oficio se transmite de padres a hijos, siendo asombrosa su prudencia, astucia y osadía. Los más intrépidos cazadores de elefantes son los panikis. Su arma única es un sólido lazo de piel de ciervo o búfalo el cual arrojan al pie del paquidermo apenas lo divisan. Se deslizan hasta muy cerca del animal y mientras uno sujeta al pie el lazo el compañero ata el otro extremo de la correa a un árbol. El animal cautivo se revuelve furioso pero el hombre lo conoce bien y consigue pronto domarlo.



Cómo se doma el elefante—

El domador apela primero a los medios terroríficos, al agua y al humo; después priva de alimento y de bebida al prisionero; no le deja en reposo y le hostiga de todas maneras. Más tarde cambia de táctica y trata al elefante todo lo mejor posible. El elefante luego obedece a su amo tanto por cariño como por terror, la voz de su conductor basta para guiarle.

NINGUN ANIMAL TAN DOCIL E INTELIGENTE COMO EL ELEFANTE—

Para nadie es un secreto la docilidad del elefante. Este, con su monstruoso lomo gris, que le da el extraño aspecto de una gigantesca goma de borrar con sus ojillos menudos y estópidos con sus orejas grandes y conganderas, sus horrendas patazas, sus imponentes colmillos y especialmente su dilatada y terrible trompa, parece un animal apocalíptico, capaz de infundir miedo al más valiente. Y, sin embargo, todos sabemos que es uno de los seres más apacibles y mansos de cuantos andan por el mundo. Claro está que nos referimos al elefante domesticado, al que los indígenas de Asia y de Africa utilizan para sus servicios particulares y que nosotros vemos, como antiquísima novedad eternamente renovada, en nuestros circos; no en modo alguno al elefante salvaje, del que Dios nos libre.

—¡Vaya una gracia! — dirá el lector—. Todo animal cuando está domesticado es manso.

No; el león nunca deja de ser león, por muy dócil que aparezca en las pistas; ni el tigre deja de ser tigre, ni de ser pantera. En cambio el elefante, una vez domesticado, deja de ser elefante para convertirse en un borregote grande, con el que hasta los niños pueden jugar impunemente. Ahí está, como ejemplo, la colección de estos "terribles paquidermos" que exhibe en los parques zoológicos de la India inglesa el domador John Hagenbeck.

Todos ellos han sido cazados en los bosques vírgenes de Ceilán, la Singala o isla de los Leones, como la llaman los indios; o la isla de las Perlas, como la llamamos los europeos y todos se caracterizan por la extraordinaria finura de su tacto que les permite hacer los ejercicios más arriesgados sin peligro alguno para los acróbatas singaleses que con ellos trabajan.

De cómo serán estos trabajos da idea el hecho de que llamen la atención en un país familiarizado con el elefante, que le utiliza en la guerra, en la casa en el comercio y hasta en los servicios domésticos.

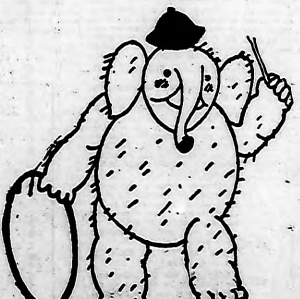
El elefante de Ceilán es mucho más inteligente que el de la India y más aún que el del continente africano. Es quizá más pesado, más macizo, acaso más corpulento. Pero desde luego tiene una sensibilidad que los otros no tienen y una inteligencia de que los demás carecen.

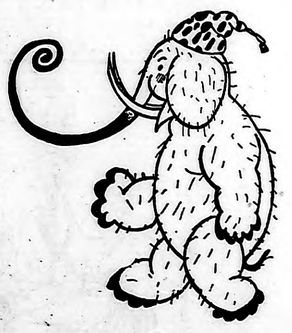
Para domesticarlo basta un par de meses. No se necesita extremar los castigos para llegar a esta domesticación. Una sencilla pica que le hiera en la trompa es suficiente para que el pobre cautivo reconozca la superioridad del hombre y se someta. A veces un trato dulce y cariñoso hace más que todos los castigos.

También es de notar la docilidad con que el elefante se somete a toda clase de operaciones quirúrgicas y a tomar cualquier medicamento con tal de conservar la salud. Los elefantes tienen un miedo terrible a la muerte. Se asustan del rayo, corren ante el hombre y tiemblan —aunque parezca inverosímil— ante un pequeño y deleznable ratoncillo.

¡Quién lo diría al contemplar su corpulencia, capaz de transportar miles de kilos de peso, y su trompa, que derriba los más gruesos árboles!

He aquí el gran misterio de la Naturaleza. El mayor veneno no está en la boca de las serpientes más grandes. La mayor armoniosidad no está en los pájaros más bonitos. El mayor arrojo no está en los animales más fuertes...





Un Viaje al Asombr

SI, indudablemento, Pinicho se aburría.

Había visitado ya, como sabéis, todos los países habidos y por haber, desde la China a Jauja y desde la Luna al fondo del mar. ¿A dónde ir?

Y Pinocho, el gran aventurero, se aburría y hasta perdía la gana de comer.

Después de un feliz viaje llegó a Babia nuestro aventurero.



Al bajar del tren, llamó a un mozo para que le cogiera el maletín, cosa que el mozo hizo amablemente; pero a los pocos pasos, siempre con la mayor amabilidad, el moso dejó el maletín en el suelo y sacando una pescia se la entregó al viajero.

—¿Qué es esto? — preguntó asombrado Pinocho.

—El precio del servicio — contestó el mozo —, no damos propina.

Y dicho esto volvió la espalda y se fue a su sitio a esperar nuevos viajeros.

—Este tío es tonto — exclamó nuestro héroe sin acordarse de que estaba en Babia donde todos sus habitantes eran... babiecas. Y sin más comentario, se dirigió hacia un coche de punto con intención de tomarlo.

Al verle acercarse, el cochero se apresuró a desenganchar el caballo y meterlo dentro del coche y, con gesto aun más amable que el del mozo, se dispuso a enganchar a Pinocho en lugar del animal.

Esta era la manera que tenían los babiecas de tomar un simón: tirando ellos del coche y sentando dentro al caballo.

Pero a nuestro amigo Pinocho no le pareció bien este sistema de locomoción y prefirió tomar un automóvil.

Desde el auto iba descubriendo Pinocho cosas extrañas en aquel extraño país.

Vió, por ejemplo, que las casas estaban al revés que en otras partes; las construían boca abajo, mejor dicho, tejado abajo, puesto que el tejado estaba en lo más alto y las bohardillas a ras de tierra.

Otra de las cosas absurdas eran las tiendas. Los vestidos y sombreros de señoras se vendían en las hojalaterías, los juguetes en las carbonerías, el carbón se despachaba en las farmacias, en las joyerías se vendían pucheros, cacerolas y palanganas, y en las zapaterías las damas tomaban dulces y pastelitos mientras que los caballeros bebían grandes "bocks" de cerveza en las tiendas de objetos de escritorio.

Mientras tanto el automóvil seguía caminando tan despacio, que ya hacía siete horas que Pinocho lo tomara y aun no había salido de la primera calle. Y, naturalmente, se hizo de noche y todo quedó a oscuras.

—Oiga, amigo — preguntó Pinocho al "chauffeur", — ¿es que en este pueblo no hay luz?

— Cómo que no? — contestó el interrogado con indignación. Naturalmente que la hay, y eléctrica y todo.

—¿Pues por qué no la encienden?

—¿Y quién le ha dicho que no se enciende? ¿No se ha fijado usted que los faroles han estado encendidos hasta ahora?

—¡Cmoó! ¿Encendidos de día?

—Natural, señor; y al llegar la noche se apagan por que con la oscuridad no se verían las luces.

Pinocho se quedó con la boca abierta ante esta salida. Decididamente toda aquella gente estaba... en Babia.

De pronto oyó Pinocho que en la calle había gran estruendo y vió que la gente corría, bailaba y reía a grandes carcajadas; todo el mundo parecía divertirse y regocijarse en extremo.

—¡Atiza! — se preguntó Pinocho—¿qué le pasará a esta gente? ¿se habrán vuelto más locos de lo que estaban?

Salió a la calle y dirigiéndose a un hombre que daba grandes saltos y cabriolas, le interrogó:

—Oiga, amigo, ¿es que les ha tocado la lotería a todos los habitantes de este pueblo?

—Ca, no señor — contestó cuando se le ocurrió cerrarla, — todo lo contrario, es que ha estallado la guerra civil.

—¿Y cuál es el motivo de esa guerra?

—Pues verá usted —explicó el babieca—; la cosa es por que se ha muerto el rey que había y como se ha muerto, pues ya no puede ser nuestro rey.

—¡Naturalmente!

—Y resulta que como hay que poner otro rey en el trono, medio pueblo quiere que se ponga a uno y el otro medio pueblo quiere que se ponga a otro y por eso es la pelea.

—Vamos, que el pueblo está dividido en dos bandos.

—Eso es, un bando está por Bobalicón V y el otro por Tontolín III; cada bando asegura que su rey es más tonto que el contrario.

—¡Ah! ¿pero, aquí, para ser rey hay que ser tonto?

—¡Naturalmente, hombre! ¡Qué cosas pregunta usted! ¡¡parece usted listo!!

Y el babieca dijo con tal desprecio esta palabra: "listo", que Pinocho no supo qué contestar.

En aquel momento, y sin que cesaran las risas y los bailes, empezaron a sonar disparos y los proyectiles volaron por todas partes sin herir a nadie.

—¿Pero es que cargáis los fusiles con algodón?

—Pues claro, para que no hagan daño.

—¡Sois unos estúpidos! — exclamó Pinocho sin poderse contener.

—Muchas gracias, caballero, es usted idiota — contestó el babieca con una sonrisa de satisfacción.

Y se alejó calle arriba, cada vez más contento.

Pinocho estaba decidido a hacer algo para demostrar a aquellos pobres babiecas su equivocación; para hacerles comprender la enorme ventaja de ser listos en vez de ser tontos como elos. Pero un griterío ensordecedor le interrumpió en sus meditaciones, y, a poco, vió aparecer por una calle un extraño cortejo: a la cabeza iba un señor muy gordo y coloradote, cuya cabeza enorme, y de pelo rojo, parecía una calabaza; su boca era como la raja de una hucha. Llevaba puestas, a modo de corona, unas enormes orejas de burro. Detrás de este personaje venía gran número de babiecas que gritaban hasta desgañitarse:

—¡Viva el gran Bobalicón V!

—¡Viva nuestro amado imbécil!

—¡Viva el hombres más tonto del mundo!

—¡Viva el rey de los babiecas!

El pretendiente al trono de Babia sonreía conmovido y halagado por estas manifestaciones de cariño y entusiasmo de sus partidarios. Y para demostrar su agradecimiento, de vez en cuando le soltaba una patada al babieca más próximo, lo que constituía un gran honor para el que la recibía.



Casi al mismo tiempo, y por la calle de enfrente, apareció otro cortejo semejante al anterior. A la cabeza de éste venía un hombre larguirucho, cuya cabeza puntiaguda tenía la forma de un pepino; su corona era igual que la del otro: unas enormes orejas de burro. Los que le seguían gritaban aun con más entusiasmo que los otros:

—¡Viva el inmenso Tontolín III!

—¡Viva nuestro idolatrado majadero!

—¡Viva el bobo más bobo de Babia!

Lo que producía tal satisfacción en el larguirucho Tontolín que no cesaba de dar bofetadas a sus partidarios que se esponjaban de orgullo ante tantas pruebas de afecto.

Al verse frente a frente los del bando de Tontolín III y los del bando de Bobalicón V se armó la batalla más formidable que presenciaron los siglos.

¡Pum, pum, pum!... Tiros por todas partes.

¡Zás, zás, zás!... Estocadas por todos lados.

Gracias a que las balas eran de algodón y las espadas de celuloide, que si no, el noble pueblo de Babia hubiese quedado despoblado por completo.

Pinocho contemplaba aquella zapatiesta dando vueltas al magín para encontrar el medio de arreglar aquel asunto, cuando vió que por otra calle, la gente corría y se apiñaba en grupos. Nuestro héroe se acercó para ver qué era aquello y pudo ver que aquellos grupos se formaban alrededor de un hombrecillo muy raro que se paraba en todas las esquinas y decía unas palabras en voz muy baja que los del grupo se repetían al oído.

—¿Quién es ese hombre que habla tan bajo? — preguntó Pinocho a una señora que llevaba un abrigo de pieles abrochado hasta la barbilla y se abanicaba con un gran abanico.

—¿Quién ha de ser?, el pregonero.

—¡Caramba!, ¡cualquiera lo diría!

Y Pinocho se acercó a oír el misterioso pregón para lo cual el pregonero le murmuró al oído:

"Se convoca al pueblo de Babia para que esta tarde se reúna en la Plaza Menor donde, ante el tribunal de los siete tontos, los pretendientes Tontolín y Bobalicón demostrarán cuál es más digno por su estupidez, de ocupar el trono".





broso País de Babia

IV

Llegó la tarde del concurso. La Plaza Menor — la más espaciosa de Babia — estaba atestada de espectadores tan atentos e intrigados por saber cuál sería su rey que relmente ninguna de aquellas personas parecía estar en Babia.

En el centro de la plaza había un monumento al que asó la manteca — una gloria nacional — y junto a él en un estrado magnífico, estaban sentados siete señores que constituían el tribunal: eran los siete tontos de Babia, los personajes más eminentes, respetados y considerados del país, algo así como los siete sabios de Grecia.

El primero era el hombre más distraído de Babia; no estaba nunca en lo que hacía y todo lo ejecutaba al revés. Ni por casualidad se le vió nunca salir a la calle con los pies calzados normalmente; cuando en un pie llevaba una zapatilla en el otro lucía una soberbia bota de montar; cuando quería fumar chupaba una cerilla y tiraba el puro después de encenderlo.

El segundo era célebre por sus inventos: él había descubierto la ventaja de los abanicos que sólo tenían varillas; él había descubierto lo útil de lavar el agua antes de usarla; en la actualidad andaba muy preocupado para conseguir que los chorizos no tuvieran más que una punta.

El tercero era el hombre más incomprensivo de Babia: no entendía nada ni se daba cuenta de nada. Si alguien le decía: "buenas noches, ¿cómo está usted?" Contestaba: "Sí, señor, gitanita fue mi mare y yo también soy gitano", o cualquier otra majadería por el estilo.

El cuarto era el hombre más absurdo de Babia, siempre hacía lo contrario de lo que hubiera sido natural: si tenía sed tomaba bacalao, si estaba cansado se ponía a saltar a la comba; cuando le daban una noticia agradable lloraba como un becerro; cuando le visitaba algún amigo del alma le echaba a puntapiés de su casa, en cambio cuando el sastre le presentaba una cuenta le abrazaba y le ofrecía una copita de Ojén.

El quinto...

Pero creo que no es necesario seguir la enumeración de los siete tontos de Babia para que comprendáis que aquél era, en verdad, el tribunal más autorizado para juzgar los méritos respectivos de los pretendientes al trono.



A cada lado del estrado se hallaba uno de los futuros reyes: Bobalicón V siempre asombrado y boquiabierto, Tontolín III siempre sonriente y alelado.

De entre la primera fila de espectadores sobresalía una nariz muy larga: aquella nariz, como supongo que habréis adivinado, era la de Pinocho, que esperaba el momento de su intervención.

Ante el tribunal había una mesa y encima de ella tres objetos: un martillo, una tabla de madera y un grueso clavo de hierro.

Se hizo el silencio y, ante la expectación general, se levantó uno de los señores del tribunal y tomó la palabra; era el hombre absurdo que expresándose al revés, según su costumbre, dijo:

—Se trata de saber qué harán estos tres objetos con los dos pretendientes.

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva el nuevo rey! — gritó, palmoteando, el hombre distraído que hallándose, naturalmente, a mil leguas de la realidad, creyó que el concurso se había terminado y fallado ya.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo es la boda? — preguntó el hombre incomprensivo que no había entendido una palabra y no sabía de lo que se trataba.

Entonces se levantó el inventor y largó un discurso kilométrico, tan enrevesado que todo el mundo se quedó en ayunas.

Por fin, y después de varias horas de discusión de los siete tontos, acabó por ponerse en claro que se trataba de saber lo que harían los pretendientes al trono, con el martillo, el clavo y la tabla, para adjudicar el título de rey al que se le ocurriese la estupidez mayor.

Y se levantó Bobalicón, boquiabierto y asombrado como siempre y, acercándose a la mesa se quedó contemplando los tres objetos. Luego cogió el clavo con la mano, el martillo con la otra y se quedó perplejo, como lamentando no tener una tercera mano para coger la tabla también. Por fin se decidió, había comprendido: colocó el clavo cabeza abajo sobre la tabla y en esta forma intentó clavarlo dando golpes en la punta con el martillo.

Hubo aplausos entre los partidarios, pero predominaron los silbidos: los babiecas entendían que aquello de clavar un clavo del revés era casi razonable y no era ninguna tontería digna de un trono.

Y Bobalicón volvió a su sitio, más asombrado y boquiabierto que nunca. Y se hizo el silencio de nuevo. El larguirucho Tontolín se levantó y, a su vez, se acercó a la mesa. Su boca se abría con una sonrisa constante.

Miró los objetos, primero con un ojo y luego con el otro. Pasó un gran rato y, al fin, cogió la tabla con la mano derecha y el clavo con la izquierda e intentó clavarlo en el martillo.

Una salva de aplausos acogió esta proeza. Hasta los mismos partidarios de Bobalicón aplaudían.

—¡Ese sí que es idiota! — decían unos.

—Es digno de ser rey de Babia — decían otros.

La elección de Tontolín parecía cosa segura. El tonto incomprensivo preguntaba a sus compañeros qué había ocurrido; el tonto absurdo daba el pésame al triunfador por su derrota; el tonto distraído se enjugaba una lágrima de emoción con una bota de elástico que llevaba en el bolsillo creyendo llevar un pañuelo; los demás tontos preparaban la corona de cardos borriqueros y orejas de asno, emblema de la monarquía babieca.

Pero en aquel momento, algo muy largo y puntiagudo avanzó hacia la mesa presidencial y detrás de aquel algo iba un ser de aspecto fiero y galalruo; era Pinocho con su nariz.

Pinocho, sí, Pinocho que había visto el momento de intervenir, exasperado por la estupidez de los habitantes de Babia, Pinocho resuelto a dar a los babiecas una lección de inteligencia; Pinocho, en fin, valiente, digno y arrogante como siempre.

Se plantó frente al público y con voz potente habló así:

—Señoras y caballeros; ante todo permitidme que no vacile en deciros que sois un hatajo de idiotas...

—Gracias, gracias, favor que usted nos hace — gritaron de todas partes.

Pinocho prosiguió:

—En vez de darme las gracias debíais avergonzaros, porque habéis de saber, señoras y caballeros, que el ser tonto no está bien y que, por el contrario, está muy mal. Es absurdo lo que se hace en esta tierra; la luz debe encenderse de noche y no de día, los paraguas se deben abrir cuando llueve y no como vosotros hacéis que en cuanto empiezan a caer cuatro gotas los cerráis, los gabanes deben usarse en invierno, el agua no se debe beber en colador ni se debe ir a cazar conejos con cañas de pescar.

El estupor más absoluto se pintó en todos los rostros, el asombro más grande se reflejaba en todos los ojos; los siete tontos de Babia fruncieron terriblemente el ceño; la estatua del que asó la manteca se conmovió sobre su pedestal... Lo que decía aquel extranjero no se había oído en Babia nunca.

Pero Pinocho, sin preocuparse por el efecto que producían sus palabras, exclamó con energía:

—Ni lo que ha hecho Bobalicón ni lo que ha hecho Tontolín está bien.

—¿Pues qué es lo que se debe hacer? ¡Que se explique! — gritaron los concurrentes.

—Lo que se debe hacer con estos tres objetos es lo siguiente.

Y Pinocho cogió el martillo con la mano derecha, el clavo con las izquierda y lo clavó en el tablero lógica y razonablemente, como lo hacen todos los hombres del mundo menos en Babia.



¡Santo Dios y la que se armó entonces! Los gritos, los pateos, los silbidos y los insultos no son para descritos. Entre la algarabía general se destacaban las voces indignadas y despreciativas de: "Es un listo".

Y todo el mundo se unió para gritar con el aire de "otro toro, otro toro":

—¡Es un listo, es un listo!...

Sereno y heroico, como siempre, Pinocho se cruzó de brazos fieramente, haciendo frente a la multitud, mientras pensaba:

—Estoy perdido, estos babiecas son más terribles que los "chua-chuas" del Africa central o que los crueles "Thugs" de la India con quienes ya luché; y es por que son tontos y lo peor del mundo es la tontería, porque con ella no hay medio de razonar ni de entenderse al do nada.

La indignación crecía por momentos entre los babiecas.

Entonces uno de los siete tontos de Babia se levantó y después de imponer silencio, dijo:

—Este supremo tribunal considera que el extranjero debe ser encerrado en un manicomio.

—¡Muy bien, muy bien!

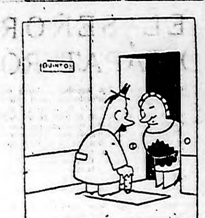
—Pero como, por lo visto, es un listo peligroso, que sea conducido por la fuerza armada.

Y el pobre Pinocho, con las manos atadas y escoltado por un batallón con bayonetas caladas, fué conducido al manicomio de la ciudad.

En Babia encerraban en los manicomios a los listos.







—¿Está el señor Ramírez?
—No, ha salido en este momento.



—Voy a esperarlo, entónces.
—Cómo usted quiera, señor.



—Puede usted esperarlo todo el día.
—¿Por qué, niñito.?



—Pues, porque el señor Ramírez está adentro, durmiendo.

CHISTES



SEÑORA (al maestro de idiomas). — Deseo que usted le enseñe a mi hijo un idioma extranjero.

MAESTRO.—¿Le gusta a usted el polaco, el checoeslovaco, el armenio, el ruso o el árabe?

SEÑORA.—¿Cuál de esos es el más extranjero?

• • •

Un célebre almirante — muy rígido en etiqueta militar — notó que uno de su marineros llevaba prendida la medalla de honor unas dos pulgadas más abajo de lo que es costumbre.

El almirante díjole: ¿Usted ganó esa medalla en algún banquete?

—¡No, señor: en un combate!

—¿Por qué la usa usted entonces sobre el estómago?

• • •

Al subir al tren, el caballero llamó al mozo de la fonda, desesperadamente.—Mira, ve corriendo a la fonda, y mira si he dejado en la mesilla de noche la cartera. Anda, antes de que salga el tren.

El mozo de la fonda, salió como una bala, y volvió cuando arrancaba el tren.

—¿No está allí? le preguntó ansiosamente.

—Si señor: váyase usted tranquilo, que allí se queda.

• • •

ELLA.—¿Cómo es esto? Tienes una hebra de cabello negro en el hombro de su paletó.

EL.—Este es el flux que no me pongo desde el año pasado, cuando tenías el pelo negro.

• • •

—Dime, Juancito, ¿qué hace un niño atento, un niño bien educado, cuando va en un autobús lleno de gente y ve a una señora anciana que no tiene puesto?

—Se hace el dormido.

• • •

ORATORIA:

—En estos tiempos que van corriendo, queridos señores, precisa que un individuo tenga un ojo en el pasado, otro en el presente y otro en el futuro...

• • •

Un inglés entró a un Banco francés y sacando una libra esterlina, dijo:

—¿Cuántos francos me dan por ella?

—¡Epa! — gritó el gerente al personal del establecimiento — pueden irse a buscar otro empleo. Este caballero acaba de comprar el Banco.

• • •

Un hombre, se presentó en el comercio, que estaba lleno de ratas. Le dieron un queso y tres botellas de vino que pidió. A la media hora, salió de la cueva, con una borrachera feroz y le dijo al dueño: — Ahora, ¡qué me echen ratas!

EL NIÑO QUE QUISO LLEVAR LENTES SIN NECESIDAD











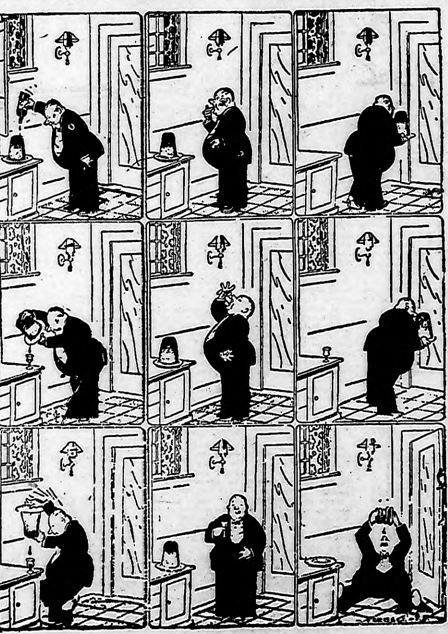


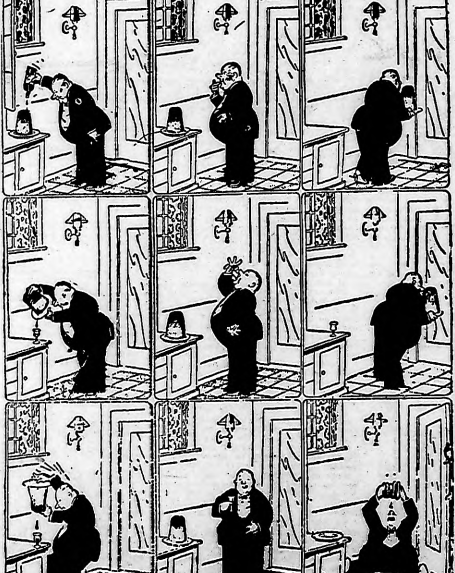
Que los chicos usen lentes tiene sus inconvenientes.

Con gafas como sin ellas se puede ver las estrellas.



HISTORIETA MUDA DEL MAYORDOMO GOLOSO





AVENTURAS DEL SEÑOR TIRAPIE, MAESTRO ZAPATERO

Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho...

Dieron ocho camapanadas en el reloj de la iglesia de San Cayetano, cuando el señor Tirapié, maestro zapatero de lo fino, medio abrió un ojo y medio se enteró de que estabn dando campanadas el reloj de la iglesia de San Cayetano.

... nueve... diez... once... doce...

Seguía el reloj dando campanadas.

"¿Las doce?... ¿Las doce ya? ... Pero ¿sería posible?" — se dijo el señor Tirapié todo asombrado.

El señor Tirapié se puso en pié.

..trece... catorce... quince... y diez y seis...

Eran más de las doce, por lo visto... Serían las veinticuatro.

El señor Tirapié asomó la nariz por la rendija de la puerta de la taberna, y tras de la nariz asomó la cabeza.

Así quedó sujeto, por los hombros, demasiado anchos para poder pasar por la rendija, y escuchó:

veinticuatro... veinticinco... veintiséis... ochenta. . noventa... ciento

"¡Son más de las ciento!... ¡Qué tarde! — se dijo el señor Tirapié.

Llegó a su casa, por fin, y saca la llave para entrar.

Entonces sucedió una cosa extraña. Cuando el señor Tirapie fué a meter la llave en la cerradura de la puerta, la cerradura dió un brinco y huyó de la llave. Repitió la suerte el señor Tirapié y repitió la suerte la llave. Varias veces ocurrió lo mismo. El señor Tirapié perseguía la llave, como quien quiere pinchar una aceituna que escapa, y la cerradura le hacía siempre un regate.

Por fin le echó la gorra para cazar la cerradura, como si la cerradura fuera una mariposa, y la cerradura revoloteó por encima de la cabeza del señor Tirapié, maestro zapatero de lo fino, y al caer al suelo, en vez de dejarse coger por el maestro, echó a andar calle adelante.

A gatas se quedó el señor Tirapié viendo cómo la cerradura se iba y cómo al llegar a la esquina se volvía para esperarle. ¿Cómo podía ser aquéllo? La cerradura aquélla era la suya; no era del casero de su casa; era una ceradura que había comprado él con su dinero. ¿Cómo es posible entonces que se fuera de aquel modo?

El señor Tirapié se fué tras ella, y ella entonces siguió toda una calle, volvió a doblar otra esquina, cruzó una plaza grande, muy grande, y otra que era más grande, y otra que era tan grande que no se acababa nunca. Estaban en un descampado, y el señor Tirapié continuaba andando, andando, tras de la cerradura, que seguía andando, andando.

Cruzaron el mar, cruzaron el Desierto de Sahara y entraron por otro campo más grande, donde había por medio del campo un camino muy largo, muy largo.

Asomada a la puerta de una casa había una hormiguita que le preguntó el maestro Tirapié.

—¿Qué te pasa, hormiguita? —

—Me pasa que mi marido es zapatero — contestó la hormiguita — un zapatero, maestro de lo fino, que es el que le hace los zapatos al rey de los Cienpiés.... y el rey le ha encargado cuatro pares de cientos de zapatos para mañana mismo... Y se ha ido a la taberna por la tarde, y por más que le espero, no vuelve...., y llegará el día de mañana y no estarán los ocho cientos de zapatos del rey de los Cienpiés, y el rey no le encargará ya más zapatos y nos moriremos de hambre... ¿Qué va a ser, Dios mío, entonces de nosotros? ¿Qué va a ser de nuestro hijo?...

Cuando el señor Tirapié, maestro zapatero de lo fino, oyó hablar de su hijo a la hormiguita, y vió cómo lloraba la hormiguita, sintió así como si también él fuese a llorar....

El señor Tirapié tuvo un arranque: tiró la gorra al suelo, se quitó la chaqueta y le dijo a la hormiguita:

—Venga, que yo le haré a su marido los zapatos...

comenzó a cortar suela, a machacar suela y más machacar, a clavar y más clavar. No necesitaba poner la suela en remojo porque al buen Tirapié sudaba tanto que tenía empapadas todas las suelas, las doscientas las trescientas suelas que hacían falta para hacerle al Rey de los ciempiés todos los zapatos que quería. Sudaba el pobre Tirapié y sudaba como todo el mundo, agua, y como los borrachos, vino; sudaba todo lo que podía sudar todo el líquido que tenía en el cuerpo. Así que las suelas, empapadas en el sudor de vino aguado que soltaba Tirapié, parecían orejones en remojo de pelcón.

Después de tanto sudar, machacar, coser, cuando la noche aquella que parecía no terminar nunca, iba sin embargo a terminarse quedaron hechos y listos los cuatrocientos zapatos que había encargado el Rey al marido de la hormiguita.

Al despedirse de la hormiga le dolían los riñones, le dolían todos los huesos y tenía las manos hinchadas y sangrando de lo mucho que había trabajado. Pero la hormiguita le besó las manos al despedirse llorando de contento, agradecida, y el dolor de las manos se le quitó en seguida.

Al salir a la calle vió a la cerradura que le estaba esperando en la acera de enfrente. La cerradura en cuanto vió aparecer al señor Tirapié, dió un brinco y se puso en la puerta de la casa de enfrente, que era ¡oh, sorpresa!, la puerta de su casa.

El señor Tirapié fué a abrir, y la cerradura se estuvo quieta; pero había trabajado tanto el pobre señor Tirapié, que se cayó rendido en el portal mismo de su casa.

—¡Eh, vamos, arriba!...

La voz de la portera de casa del señor Tirapié le llamaba, sacudiéndole.

¿Qué era aquello? ¿Había estado durmiendo contra el quicio de la puerta de su casa? ¿O había estado en el país de las hormigas, donde los zapateros hacen los escarpines al rey de los ciempiés?... ¿Era un borracho? ¿Era bueno? No sabía.

El señor Tirapié se sentía un poco malo y también un poco bueno.

Y es que era así: bastante bueno, pero no bueno del todo. ¡El vino, el maldito vino!... Eso era lo malo! Y lloraba el señor Tirapié, lloraba a chorros, a ver si con tanta agua se le aguaba todo el vino de una vez, y era bueno para siempre.

Tanto lloró y tan de veras, que se le aguó todo el vino que había bebido en su vida, y se quedó limpio de vino, completamente limpio; como si no hubiese bebido vino nunca.

Entonces se arrepintió de ser tan borracho y se hizo unas tarjetas y unos carteles que decían: "Señor Tirapié, maestro zapatero, especialidad en trabajos de urgencia. Cuatrocientos pares en una noche. Proveedor de la Real Casa. No bebe ya más vino porque no le da la Real Gana."

De este modo pudo el maestro Tirapié ser bueno y ser feliz el resto de sus días.

No podremos ir al cine porque el dinero está muy arriba, amiguito.

LAS VENTAJAS DE LOS PANTALONES CAMPANUDOS



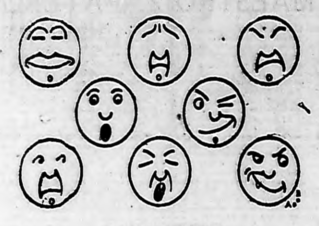






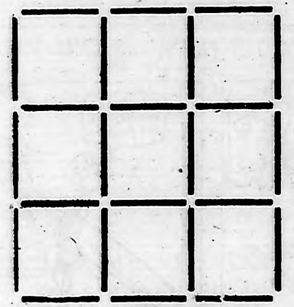
Ferrá

ROMPECABEZAS



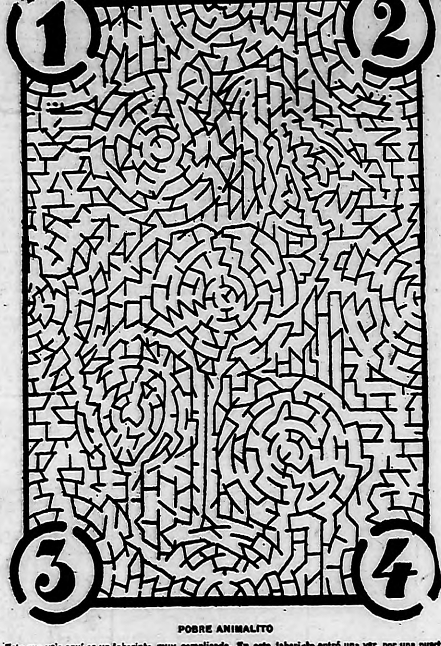
EL SOL EN CAJONADO

Aquí os ofrezco, para que las dibujéis en una cartulina, ocho expresiones de nuestro amigo el Sol. Pero no es lo más importante que dibujéis esas expresiones tan simpáticas. Lo importante está encerrar en un cuadrado perfecto cada uno de esos soles. Para ello, partiendo del punto A, trazad una línea continuada de forma que, al llegar al punto B, se haya hecho una figura de diez líneas diagonales que contenga ocho cuadros perfectos, en el centro de cada uno de los cuales ha de encontrarse un sol.



LOS CUADROS

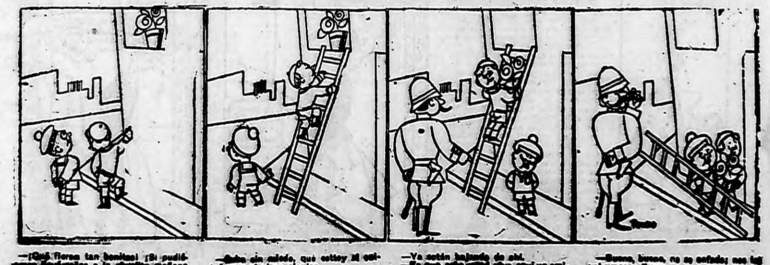
Aquí tenéis.. un bonito problema que todos sabréis resolver. Estos nueve cuadros están formados por 24 trazos. Pero hay que quitar ocho trazos a fin de dejar dos cuadrados. ¿Qué trazos haréis desaparecer del papel para conseguir esos dos cuadros que se piden?



POBRE ANIMALITO

Esto que veis aquí es un laberinto muy complicado. En este laberinto entró una vez, por una puerta un ave, un ave muy larga. Y cuando se vió dentro, comenzó a comer y a engordar, y tanto engordó que no pudo salir ya del laberinto. Para encontrar el ave, buscad la puerta del laberinto, y una vez hallada, señalad con lápiz el camino del pasillo, procurando no tropezar ni tachar línea alguna. De esa forma, al cabo de algunas vueltas, conseguiréis ver pintado el animalito prisionero.

HISTORIETA DEL VIGILANTE HABILMENTE ENGAÑADO



—¡Qué flores tan bonitas! ¡Si pudiéramos llevárselas a la abuelita mañana [illegible]!...
—Pues vamos a verlo.

—Sube sin miedo, que estoy al cuidado por si viene alguien.

—Ya están bajando de ahí.
—Es que, señor [illegible], vive aquí un amiguito y le llevamos a pasar estas flores.
—A bajar he dicho.

—Bueno, bueno, no se enfade; nos las volvemos a [illegible].